

El camino de la búsqueda y la audacia del constructor

Salvador Rueda Smithers*

En 1929 Stefan Zweig comenzó así la oración en la cual se dolía de la muerte de su admirado Hugo von Hofmannsthal: “Siempre el dolor es el adivino más sabio de todas las pérdidas: con un golpe único y lacerante desgarró lo más íntimo del sentimiento, al que ni el pensamiento que sigue, y menos aún la palabra que se elabora poco a poco en nuestro interior lograrán ya iluminar jamás”.

Pero esta manera abandonada de sentir el final de la vida cambiaría diez años más tarde. En 1939 leyó ante el féretro de Sigmund Freud no el duelo, llano y negro, sino frases a la altura de lo que pesó en vida, no un lamento sino agradecimiento pleno: “de emocionada gratitud... gracias por lo que has sido y lo que de ti has depositado en nuestras propias almas; gracias por los mundos que nos descubriste”. No con otro sentido me valgo ahora para hacer a un lado la aflicción por la partida del querido profesor Miguel Ángel Fernández Villar. Mucho hay que agradecerle, lo suficiente como para destrabar la tristeza.

¡Y qué mundos nos descubrió! Por lo pronto, el de las distintas encrucijadas, la del hecho histórico y la del hecho estético trenzados, por un lado, y los de las realidades

invisibles adivinadas a través de piezas selectas, yuxtaposiciones y metáforas museográficas, por el otro.

El primer crucero nos toca a todos. Decía Georges Duby que no sabemos para qué sirve el arte, como tampoco para qué sirve la historia, pero sin ellos no podríamos vivir. El segundo, lo atestiguamos a través de sus exposiciones y publicaciones. ¿Cómo explicarnos los ritos ya olvidados de mexicas, mayas, zapotecos y mixtecos hundidos en los milenios? *Los dioses del mundo antiguo* y las propuestas en el Museo del Templo Mayor o en Palenque sirvan de guías. ¿Cómo dilucidar las civilizaciones ajenas? Asirios y la Magna Grecia, los egipcios y Quetzalcóatl abrieron ventanas al asombro. ¿Cómo interpretar realidades invisibles como el concepto del Tiempo, o las utopías o los cálculos matemáticos que antecedieron a la ciencia moderna por medio de los científicos barrocos? Ahí quedan los registros escritos de su trabajo con los relojes de la colección del Castillo de Chapultepec hace medio siglo o el mundo barroco no como una época, sino como manifestación de la civilización occidental. Esos mundos, varios mundos, nos descubrió con fortuna.

Quisiera dar fe de mi experiencia personal. Yo lo conocí a finales de 1974. Él era curador de Tecnología y Armas



Historiador Salvador Rueda Smithers, Anel Punzo y el Profesor Miguel Ángel Fernández.

del Museo Nacional de Historia. Ya entonces buscaba exhibir piezas sobresalientes para explicar sistemas pretéritos, rescatar voces antiguas, gustos perdidos y usos olvidados: explicar y mostrar cosas, artificios, objetos sobrevivientes que son herencia del pasado. Además, quiso dar lugar a la justicia, porque esas cosas se resguardan en los recintos por la voluntad de quienes los valoraron, por el instinto coleccionista que veía en las piezas aquellos rasgos que las animaban, no eran sombras, sino ecos de generaciones anteriores a las cuales se escuchaba mediante la investigación, la documentación y la catalogación.

MIGUEL ÁNGEL FERNÁNDEZ: UN HACEDOR

Para mí, el profesor Fernández se convirtió en un autor admirado, pero tan lejano como lo son los héroes famosos que viajan a la deriva y con la vista puesta en sus propias tareas. Era una navegación distante. Yo era historiador de la Revolución Mexicana; él, un *hacedor* —en el sentido que Jorge Luis Borges dio al término—. Hago un recuento de los libros que leí para aprender, no en orden de aparición editorial, sino como fueron cayendo en mis manos: *Historia de los Museos de México*, tres textos sobre Chapultepec y su importancia en la historia; *La Jerusalén Indiana*, *Coleccionismo en México*, alguno más que revisaba mi amigo y condiscípulo Víctor Ruiz Naufal sobre el territorio mexicano; la historia del vidrio en México, el arte del mosaico desde los tiempos más remotos de Roma y Bizancio hasta la actualidad. Después me invitó a escribir con él, tanto cédulas como ensayos en sus libros.

Para cuando hermanamos, el profesor Miguel Ángel Fernández era ya un prolífico sembrador de museos en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Por ello era famoso, sus manos se movieron en el Castillo de Chapultepec, en el Museo del Templo Mayor, en el exconvento de El Carmen, en numerosos recintos regionales, en la exposición del vidrio en Monterrey.

Permítaseme relatar brevemente un pasaje que lo dibuja entero. Hace unos treinta años, en una reunión en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, el profesor Miguel Ángel Fernández preparaba el montaje de una enorme exposición, *Dioses del México Antiguo*, con motivo de los 450 años de la fundación de la Universidad. Me invitó a revisar unas cédulas mientras organizaba, todo en la misma mañana, pero sin encimar ni tareas ni a responsables de realizarlas, traslados, montajes, iluminación, textos.

Tocó el turno a la arquitecta responsable de la adaptación museográfica de espacios que habían sido mis salones de clases de matemáticas, inglés, la biblioteca y los laboratorios de química de la vieja Escuela Nacional Preparatoria, la Prepa 1. Comenzó a mostrarle al profesor Miguel Ángel Fernández los cálculos y diseños que proyectó en su computado-



Proceso de montaje de la exposición temporal *Armas*, MNH, agosto-octubre, 1975. **Fotografía** © AHMNH/FF: Exposiciones. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.



Proceso de montaje de la exposición temporal *Armas*, MNH, agosto-octubre, 1975. **Fotografía** © AHMNH/FF: Exposiciones. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.

ra; faltaba la escala humana, así que él pidió se agregaran las siluetas de adultos y niños promedio. Luego, el profesor movió las manos, cambió lugares de las siluetas, señaló con círculos distancias de público a vitrinas, todo meticulosamente y sin interrupciones. Pidió se hiciera una maqueta



Exposición temporal *Armas*, MNH, agosto-octubre, 1975. **Fotografía** © AHMNH/FF: Exposiciones. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.



Exposición temporal *Armas*, MNH, agosto-octubre, 1975. **Fotografía** © AHMNH/FF: Exposiciones. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.

y dijo: “No me gustan las sorpresas: la maqueta debe tener todo lo necesario para corregir lo mínimo o no corregir. Sin sorpresas ni improvisaciones”.

Exactamente como un director de orquesta que sabe por dónde y con qué intensidad quiere el sonido de cada músico. Y el tiempo lo señala con las manos. Me quedó marcado a fuego el ejemplo: el mérito y fama del profesor Miguel

Ángel Fernández se atribuye a su obra terminada, pero lo fascinante y didáctico viene del proceso creador durante el cual imaginaba el resultado final como un todo. Tal y como lo explicó Edgar Allan Poe: no existe la inspiración, sino el esfuerzo intelectual.

UN RASGO NOTABLE: LAS MANOS

Regreso al rasgo personal, su singularidad, su peculiaridad notable estaba, ya lo dije, en las manos. Porque suyas, insistió, fueron las manos de quien dirige una orquesta con precisión matemática; sabe los momentos en que cada uno de los ejecutantes de su profesión deben entrar o dejar pasar; cuándo el silencio de unos es la vorágine de los otros. Sus manos serían las de un maestro del tiempo y el ritmo, del saber fluir con la naturaleza líquida del tiempo.

Ha sido así, con sus manos de demiurgo revolucionó —y lo digo con conocimiento de causa— el propósito general de los museos mexicanos a lo largo de media centuria, y la amplitud de horizontes que potencialmente tienen estos artefactos que son abreviatura del mundo. Lo hizo con la exactitud de los números ante las posibilidades de los espacios. Sin duda, el filósofo barroco Leibniz estaría feliz: el álgebra es el lenguaje con el que canta Dios, por eso es perfecta la Creación. La geometría no gusta de las sorpresas. Las orquestas del profesor Miguel Ángel Fernández ejecutan conciertos visuales, precisos, mesurables.

Fui testigo muchas veces de cómo fatigaba su oficio. Lo vi por sobre el hombro y con atención, como cuando alguien tiene la oportunidad de estar cerca de un grande de su profesión. Lo miré desembalar, con ese cuidado con el que siempre trabajaba, la colección de vidrio que regresó al Museo Nacional de Historia luego de su exposición regiomontana, o las piezas del enorme acopio que realizó para la conmemoración del Bicentenario en el Palacio Nacional, los doscientos años de existencia de México como nación independiente.

Siempre le manifesté lo importante que era para mí su libro acerca de la historia de los museos, sobre todo por los datos puntuales de unos personajes que, como espectros protectores, me han seguido fielmente casi cinco décadas: el sabio novohispano don Carlos de Sigüenza y Góngora y el italiano Lorenzo Boturini Benaducci, sembrador de las colecciones que hoy son patrimonio nacional. Él me recordaba, no sin el buen humor del humanista verdadero, de quien tiene a Erasmo de Rotterdam enraizado, que ambos personajes fueron coleccionistas y a ellos y a su ingenuidad les debemos los ladrillos fundamentales de la Babel museística mexicana.

Estrechamos hermandad, digo. Me solicitó apoyo con textos para museos de Chihuahua, Tijuana, Oaxaca (de hecho, dos: uno excelente en Santo Domingo y otro que nunca nació sobre facsímiles de códices indígenas), Palenque, Dzibilchaltún, Palacio Nacional, Palacio de Bellas Artes, Museo



Exposición temporal *Armas*, MNH, agosto-octubre, 1975. **Fotografía** © AHMNH/FF: Exposiciones. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.



Exposición temporal *Armas*, MNH, agosto-octubre, 1975. **Fotografía** © AHMNH/FF: Exposiciones. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.

Internacional del Barroco, en Puebla. Además, para revisar textos de sus libros o participar como ensayista en *México eterno*, el enorme *México 200 años*, el precioso de los *Artistas viajeros* y el de *Medio Siglo*, ambos editados generosamente por don Carlos Córdova. O para opinar sobre sus famosas “dos cuartillitas”, las cuales eran en realidad propuestas novedosas en el terreno de los recintos mexicanos y, por supuesto, eran más de dos cuartillas.

Porque suyo ha sido el camino de la búsqueda, de la audacia del constructor que levantó en nuestro país la idea del MUSEO como lugar donde se narran historias, como cifra y ecuación del Universo, como espacio cósmico y conciencia humana, como mirador más allá de los nacionalismos. Él

habló siempre del museo como casa de la memoria del mundo. Y no de otra forma lo entendí y le aprendí.

Esto explica, me parece, el honor que me hizo al pedirme escribir el *Epitafio* —él, con su especial sentido del cariño apodaba *Epitafio*— del libro que pareciera ser su autobiografía, pero que en realidad es la biografía de los museos y exposiciones con la marca mexicana moderna de los últimos 50 años: museos abiertos *urbi et orbe*.

No sería su última obra. Dejó armada una aventura que inicia con los orígenes de la Tierra y toca al arte contemporáneo, que lo mismo explica un reptil antediluviano que un cocodrilo del oaxaqueño Francisco Toledo. Y ya imaginaba alguno sobre el pintor romántico Johann Moritz Rugendas. Quedaron estos ensayos pendientes, como un suspiro roto. El último.

HACER MEMORIA Y HOMENAJE A SUS TRABAJOS Y SUS DÍAS

Así que hoy detengan los relojes: estamos de duelo... pero tan sólo un momento para llorar por su ausencia, sólo el tiempo suficiente que nos llevará despedirnos. Y en su honor caminemos a pie firme después y hagamos memoria y homenaje a sus trabajos y sus días, a su recuerdo vivo y en ejercicio confiado en lo que nos dejó a cada uno de nosotros.

Recuerdo la personalidad inteligente, solemne y lúdica, tenaz, audaz, sin saber conjugar la palabra *rendirse* ante nada. Como todos, la remembranza del profesor podrá ser efímera. Es la ley de la vida: la imagen del hombre descansa ahora en nuestra memoria, pero se disolverá cuando el último de nosotros cierre finalmente los ojos.

Pero no hay que ocuparse de eso, sin duda, quedará su nombre ligado a la historia de los museos mexicanos. No sólo por sus imprescindibles libros que dan cuenta de la evolución museística, sino porque con su inteligente esfuerzo trazó el perfil moderno, universalista de nuestros recintos, de esa curiosa abreviatura del mundo en México. Y en eso no hay retorno ni se escatima mérito alguno.

Hace algunos años, en este mismo espacio, el director del Museo Nacional de Antropología, doctor Antonio Saborit, citó a manera de petición de principio un pasaje de los Evangelios apócrifos: “De los grandes hombres, celebremos su existencia”.

Celebremos la existencia. Hagámoslo ahora por el profesor Miguel Ángel Fernández y también en honor a la concordia, ese invisible hecho que hace que esta reunión de homenaje tenga calidez fraterna.

Muchas gracias por todo eso, querido profesor Miguel Ángel Fernández. **GM**



Exposición temporal *Armas*, MNH, agosto-octubre, 1975. Fotografía © AHMNH/FF: Exposiciones. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.



Exposición temporal *Armas*, MNH, agosto-octubre, 1975. Fotografía © AHMNH/FF: Exposiciones. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.

*Director del Museo Nacional de Historia.